

también á quien más odiaban, llamándole el pérfido inglés y diciendo que era necesario cobrarle el dinero y engañarle en seguida, luego que se pudiese. Suponían que sólo se podía contar con España, porque únicamente España era pariente fiel y sincera aliada, y por lo tanto sólo en ella podían cifrarse todas las esperanzas.

Las tres reducidas cortes fugitivas, tampoco unidas ya con las potencias, no vivían entre sí en la mejor inteligencia: la de Verona, poco activa, daba á los emigrados órdenes que no eran obedecidas; dirigía á los gabinetes, por medio de agentes no reconocidos, comunicaciones que apenas escuchaban; desconfiaba de las otras dos; envidiaba al príncipe de Condé por su importancia en el Rhin y la especie de consideración que su valor, poco ilustrado, pero enérgico, le merecía de los gabinetes, y envidiaba hasta los viajes del conde de Artois en Europa. El príncipe de Condé, por su parte, tan falto de talento como valeroso, no quería entrar en ningún plan, ni mostraba mucho celo por las dos cortes que no se debatían.

Finalmente, la pequeña corte reunida en Arnheim, disgustada de la vida que se pasaba en el Rhin y de la autoridad superior que era preciso sufrir en Verona, permanecía en el cuartel general inglés, bajo el pretexto de tener varios proyectos sobre las costas de Francia. Habiendo reconocido los príncipes franceses por una cruel experiencia que no debían contar con los enemigos de su patria para restablecer el trono, complaciábase en decir que no se debía confiar en adelante sino en los partidarios del interior y en la Vendée. Cuando el terror dejó de reinar en Francia, comenzaron por desgracia á respirar los discolos á la vez que los hombres de bien: las correspondencias de los emigrados con los del interior comenzaban otra vez: la corte de Verona tenía por corresponsal, valiéndose del conde de Entraigues, á un tal Lemaitre, intrigante, que había sido sucesivamente abogado, secretario del consejo, libelista y prisionero en la Bastilla, acabando por ser agente de los príncipes. Habíase agregado á él un tal

Laville-Heurnois, antiguo relator del consejo del rey, protegido del ex ministro Calonne, y un abate llamado Brottier, maestro de los sobrinos del abate Maury.

Pedíanse á estos intrigantes detalles sobre la situación de Francia, y el estado de los partidos, sus disposiciones y los planes de conspiración, y contestaban dando á menudo los informes más falsos; jactábanse de sus pretendidas relaciones con los jefes del gobierno, y contribuían con todas sus fuerzas á persuadir á los príncipes de que debía esperarse todo de un movimiento en el interior.

Habíaseles encargado que se correspondieran con la Vendée, y sobre todo con Charette, que por su larga resistencia era el héroe de los realistas, pero con el cual no se había podido entablar aún negociación alguna.

Tal era, pues, la situación del partido realista dentro y fuera de Francia: en la Vendée hacía una guerra poco alarmante por sus peligros, pero aflictiva por sus desastrosos; formaba en Bretaña vastos proyectos, pero lejanos aún y sometidos á una condición muy difícil cual es la unión y el concierto de muchos individuos. Fuera de Francia estaba dividido, poco considerado y falto de apoyo; y desengañado al fin de la eficacia de los auxilios extranjeros, mantenía con los realistas del interior pueriles correspondencias.

La república tenía, pues, poco que temer de los esfuerzos de Europa y de la monarquía: prescindiendo del motivo de disgusto que le producían de continuo los estragos de la Vendée, sólo tenía que aplaudirse de sus brillantes triunfos.

Libre de la invasión del año anterior, habíase vendido en el actual con varias conquistas: acababa de adquirir la Bélgica, el Brabante holandés, el país de Luxemburgo, de Lieja y Juliers, el electorado de Tréveris, el Palatinado, la Saboya, Niza, una plaza en Cataluña, el valle del Baztán, y amenazaba al propio tiempo á la Holanda, al Piamonte y á España. Tales eran los resultados de los inmensos esfuerzos hechos por la célebre junta de salvación pública.

CAPÍTULO XXV

Invierno del año III. — Reformas administrativas en todas las provincias. — Nuevas costumbres. — Partido termidoriano: la *juventud dorada*. — Salones de París. — Lucha de los dos partidos en las secciones. — Contiendas y escenas tumultuosas. — Violencias del partido revolucionario en los jacobinos y en el club electoral. — Decretos sobre las sociedades populares. — Decretos relativos á la hacienda. — Modificaciones en el *máximum* y en las requisas. — Proceso de Carrier. — Agitación en París y exasperación creciente de ambos partidos. — La juventud dorada ataca el club de los jacobinos. — Se cierra este club. — Reinstalación de los setenta y tres diputados presos después del 31 de mayo. — Condena y suplicio de Carrier. — Persecuciones contra Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere.

Mientras ocurrían en las fronteras los acontecimientos que acabamos de referir, la Convención continuaba sus reformas. Los representantes encargados de renovar las administraciones recorrían la Francia, reducían en todas partes el número de comités revolucionarios, formándolos con otros individuos; mandaban detener como cómplices del sistema de Robespierre á todos aquellos cuyos excesos no podían quedar impunes, cambiaban los funcionarios municipales, reorganizaban las sociedades populares y purgábanlas de los hombres más peligrosos. Esta operación no se practicaba siempre sin obstáculo: en Dijón, por ejemplo, la organización revolucionaria era más compacta que en ningún otro punto; los mismos hombres, individuos á la vez del comité revolucionario, de la municipalidad y de la sociedad popular, hacían temblar á todo el mundo; encerraban arbitrariamente á los viajeros y vecinos, inscribían en la lista de los emigrados á todos cuantos se les antojaba, é impedíanles obtener certificados de resistencia, intimidando á las secciones. Habíansé regimientado bajo el título de ejército revolucionario, y obligaban al ayuntamiento á pagarles un sueldo. No teniendo profesión alguna, asistían á las sesiones del club con sus mujeres, y disipaban en orgías, en las que no era permitido beber sino en cálices, el doble producto de su paga y de sus rapiñas. Correspondíanse con los jacobinos de Lyon y de Marsella, y les servían de mediadores para relacionarse con los de París. No sin gran trabajo consiguió el representante Calés disolver aquella coalición; destituyó á todas las autoridades revolucionarias, eligió veinte ó treinta individuos los más moderados del club, y encargóles que hicieran la depuración entre los otros.

Una vez expulsados de las municipalidades de provincia, los revolucionarios hacían como en París; retirábanse de ordinario al club jacobino, y si éste se hallaba depurado invadíanle de nuevo después de la marcha de los representantes, ó formaban otro. Allí pronunciaban discursos más violentos que otras veces, entregándose á todo el delirio de la cólera y del miedo, porque veían la venganza en todas partes. Los jacobinos de Dijón enviaron á los de París un informe incendiario. En Lyon ofrecían un conjunto no menos peligroso; y como la ciudad se hallaba oprimida aún por los terribles decretos de la Convención, los represen-

tantes se vieron apurados para reprimir su furor. En Marsella fueron más audaces; uniendo al arrebatado de su partido el del carácter local, formaron un grupo considerable, rodearon la sala donde estaban comiendo los representantes Auguis y Serres, y enviáronles comisionados, que sable y pistola en mano presentáronse á pedir la libertad de los patriotas detenidos. Los dos representantes mostraron la mayor firmeza, pero mal apoyados por la gendarmería, que había secundado continuamente las crueldades del último régimen, acabando por creerse cómplice y responsable, faltó poco para que fueran asesinados. Algunos batallones de París, que á la sazón se hallaban en Marsella, fueron á libertar á los representantes y dispersaron el grupo. En Tolosa promovieron también motines: había allí cuatro individuos, un director de correos, un secretario de distrito y dos cómicos que se habían constituido en jefes del partido revolucionario, y que después de formar un comité de vigilancia para todo el Mediodía, extendían su despotismo hasta más allá de Tolosa. Opusieron á las reformas y á las prisiones ordenadas por los representantes d'Artigoyte y Chaudrón-Rousseau, sublevaron á la sociedad popular, y tuvieron la audacia de hacerla declarar que aquellos dos representantes habían perdido la confianza del pueblo. Vencidos, no obstante, fueron encerrados con sus principales cómplices.

En todas partes se reproducían estas escenas con más ó menos fuerza, según el carácter de los habitantes de las provincias, pero siempre quedaban los jacobinos castigados. Los de París, corifeos de la liga, se hallaban en extremo alarmados, pues veían sublevada á la capital contra sus doctrinas, y sabían que en los departamentos, más tardíos que París para pronunciarse, la opinión se había declarado contra ellos. Tampoco ignoraban que en todas partes les llamaban caribes, secuaces, cómplices é imitadores de Robespierre; y si bien se veían sostenidos por la multitud de empleados depuestos por el club electoral, por una fogosa y á veces triunfante minoría en las secciones y por varios individuos de la misma Convención, algunos de los cuales asistían aún á su sociedad, no por eso dejaba de alarmarles la agitación de los ánimos, pretendiendo que había un complot formado para disolver las sociedades populares y después la república.

Redactaron una manifestación á las sociedades afiliadas para contestar á los ataques de que eran objeto, y en la cual decían: «Se trata de destruir nuestra unión fraternal; se trata de aniquilar una hueste temible para los enemigos de la igualdad y de la libertad; se nos acusa y persigue con las más negras calumnias. La aristocracia y el moderantismo levantan audazmente su cabeza; la reacción funesta, ocasionada por la caída de los triunviros, se perpetúa, y del seno de las borrascas formadas por todos los enemigos del pueblo ha surgido una nueva facción que tiende á disolver todas las sociedades populares. Atormenta y trata de sublevar la opinión pública, y lleva su audacia hasta el punto de presentarnos como una potencia rival de la representación nacional, á nosotros, que luchamos y nos unimos siempre con ella en todos los peligros de la patria. Nos acusa de ser los continuadores de Robespierre, cuando sólo figuran en nuestros registros los nombres de aquellos que en la noche del 9 al 10 termidor ocupaban el puesto que les designaba el peligro de la patria. Pero nosotros contestaremos á esas viles calumnias combatiéndoles sin cesar; nosotros contestaremos con la pureza de nuestros principios y de nuestros actos, por una abnegación inalterable para la causa del pueblo que ellos vendieron, para la representación nacional que quisieron deshonorar, para la igualdad que aborrecen.»

Según vemos, aparentaban un gran respeto á la representación nacional, y hasta en una de sus sesiones entregaron al comité de seguridad general á uno de sus individuos por haber dicho que los principales conspiradores contra la libertad estaban en el seno mismo de la Convención. Circularon su manifestación en todos los departamentos y particularmente en las secciones de París.

El partido que les era opuesto se mostraba cada día más audaz. Había adoptado ya otros colores para vestir, costumbres distintas, puntos de reunión y palabras de santo y seña. Según hemos dicho ya, componíase, sobre todo al principio, de jóvenes pertenecientes á las familias perseguidas ó que escaparon de la requisición, y las mujeres se unieron á ellos, porque habiendo pasado el último invierno en medio del espanto, querían disfrutar aquel de las fiestas y de los placeres. Acercábase el frimario (diciembre), y tenían prisa por reemplazar las apariencias de la pobreza, de la sencillez y hasta del desaseo, que se habían afectado largo tiempo durante el terror, con los ricos adornos, las costumbres elegantes y los festines. Tomaban parte en una causa común con aquellos jóvenes enemigos de una feroz democracia, excitaban su celo y dictábanles por ley la finura y el esmerado traje. La moda recobraba su imperio: era preciso llevar el cabello trenzado y sujeto con un peine en la parte posterior de la cabeza, uso tomado de los militares, que se peinaban así á fin de parar los sablazos. Probábase con esto que se quería tomar parte en las victorias de nuestros ejércitos; además debían llevarse grandes corbatas, valonas negras ó verdes, según el uso de los chuanes, y sobre todo una gasa en el brazo, como pariente de una víctima del tribunal revolucionario. Ya vemos qué singular muestra de ideas, de recuerdos y de opiniones presidía en aquellas modas de la *juventud dorada*, pues tal era el nombre que se la daba entonces. Por la noche se elogiaba en los salones, que comenza-

ban á ser de nuevo brillantes, á los jóvenes que habían dado pruebas de valor en las secciones, en el Palacio Real y en el jardín de las Tullerías, haciéndose lo mismo con los escritores que en los mil folletos y diarios del día perseguían con sus sarcasmos á la *canalla revolucionaria*. Frerón habían llegado á ser el jefe de los periodistas; redactaba el *Orador del pueblo*, que fué muy pronto famoso, y este era el diario que leía la juventud dorada, buscando en él sus instrucciones diarias.

Los teatros no se habían abierto aún: los actores de la Comedia Francesa seguían siempre presos, y á falta de este punto de reunión se iba á los conciertos que se daban en el teatro Feydeau, donde se oía una voz melodiosa que comenzaba á ser el encanto de los parisienses, la de Garat. Reuníase allí lo que pudiera llamarse la aristocracia de la época, es decir, algunos nobles que no habían abandonado á Francia, ricos que osaban reaparecer y contratistas que no temían ya la terrible severidad del comité de salvación pública. Las mujeres se presentaban con un traje al que habían tratado de dar cierto carácter de antigüedad, según el uso de la época, y que copiaron de David: desde hacía mucho tiempo habían renunciado á los polvos y á los rodetes, y llevaban cintas en el cabello; la hechura de sus vestidos se asemejaba en lo posible á la sencilla túnica de las mujeres griegas, y en vez de zapatos con tacones altos llevaban ese calzado que vemos en las estatuas antiguas, consistente en una suela muy delgada, sujeta á la pierna con lazos de cinta. Los jóvenes de cabello trenzado y valona negra llenaban el patio de Feydeau y aplaudían á veces á las mujeres elegantes y singularmente adornadas que iban á embellecer sus reuniones.

Madama Talliën era la más hermosa y admirada de aquellas mujeres que introducían la nueva reforma, y su salón el más brillante y frecuentado. Hija del banquero español Cabarrús, esposa de un presidente en Burdeos y recientemente casada con Talliën, se relacionaba con los hombres del antiguo y nuevo régimen. Rebelándose contra el terror por resentimiento, y también por bondad, habíase interesado en todos los infortunios, y así en Burdeos como en París no cesó un momento de representar el papel de solicitante, con una gracia irresistible, según decían. Ella fué quien supo dulcificar la severidad proconsular que su esposo desplegaba en la Gironda, inspirándole sentimientos más humanos, y quería que fuese pacificador y reparador de la revolución. Atraía á su casa á todos aquellos que habían contribuido con él al 9 termidor; procuraba ganarlos lisonjeándoles; hacíales esperar el reconocimiento público, el olvido de lo pasado, que varios necesitaban, y el poder, que entonces se prometía á los enemigos más bien que á los partidarios del terror. Rodeábase de otras mujeres amables que coadyuvaban á su plan con disculpable seducción, y entre ellas brillaba la viuda del infortunado general Alejandro Beauharnais, joven criolla de gran atractivo, no por su belleza, sino por su extremada gracia. A estas reuniones se atraía á esos hombres sencillos y exaltados, que acababan de observar un género de vida tan terrible y agitada; lisonjeábanles, y aun algunas veces se burlaban de sus trajes, de sus costumbres y de sus rigurosos principios. Hacíanles sentarse á la mesa al lado de otros hombres á

quienes hubieran perseguido en otro tiempo como aristócratas, ricos, especuladores ó usurpadores de la fortuna pública, haciéndoles conocer así su inferioridad, junto á los antiguos modelos de buen tono y delicado ingenio. Muchos de ellos perdían su dignidad por falta de recursos intelectuales, y no sabían sostener la energía de su carácter; otros, que sabían conservar su puesto con su talento y adquirir en breve esas ventajas de tertulia, tan frívolas y que tan pronto se aprenden, se veían sin embargo expuestos también á una ingeniosa adulación, y así no faltaban algunos miembros de comiso-

más reuniones que sus clubs y comités de sección, donde no iban á buscar diversión, sino á desahogar sus pasiones, y sus mujeres, á quienes llamaban las *furias de la guillotina*, porque se habían colocado muchas veces alrededor del cadalso, se presentaban en traje popular en las tribunas de los clubs para aplaudir las proposiciones más violentas. Muchos individuos de la Convención asistían todavía á las sesiones de los jacobinos, y algunos célebres entre ellos se hallaban á la sazón tristes y silenciosos, los cuales eran Collot d'Herbois, Villaud-Varennes y Carrier; al paso que otros,



Trajes de 1794 á 1796

nes, que se dejaban arrancar durante una comida ciertos servicios y no poco influjo en sus votaciones.

De esta manera una mujer nacida en la clase del comercio, casada con un magistrado y que como un resto de la sociedad antigua había llegado á ser la esposa de un acalorado revolucionario, se encargaba de reconciliar á hombres sencillos, á veces groseros y casi siempre fanáticos, con la elegancia, el gusto, las diversiones, la libertad de costumbres y la indiferencia de las opiniones. La revolución, saliendo por fortuna de su extremo de fanatismo y grosería, caminaba con rapidez al olvido de las costumbres y principios y puede decirse que al de los resentimientos republicanos. Argüían con esta mudanza á los termidorianos, les acusaban de que propendían á ella, la producían y aceleraban, y el cargo era muy justo.

Los revolucionarios no se presentaban en semejantes tertulias ni en conciertos, y si alguno lo efectuaba, salía para ir inmediatamente á sus tribunas á declararse contra la Cabarrús, los aristócratas, los intrigantes y los proveedores que llevaran tras sí aquella. Ellos no tenían

como Duhem, Crassous, Lanot, etc., iban por sincero amor á la causa y sin mira particular de defender su conducta revolucionaria.

Ambos partidos solían encontrarse en el Palacio Real, en la Convención, en las tribunas y en las secciones, principalmente en éstas, donde al proceder á las discusiones se empeñaba la lucha con suma violencia. Corría de unos en otros la carta de los jacobinos á las sociedades afiliadas, y trataban de leerla, debiendo leer también, según decreto, el informe de Roberto Lindet sobre el estado de la Francia, informe que hacía de ella una pintura exacta y que expresaba con tanto acierto los sentimientos que á la Convención y á todos los hombres honrados animaban. Esta lectura iba suscitando cada década contestaciones más acaloradas, pues los revolucionarios pedían á gritos la carta de los jacobinos, y sus contrarios el informe de Lindet, resultando de esto desaforadas voces. Los individuos de las antiguas juntas revolucionarias apuntaban los nombres de los que subían á la tribuna para combatirlos, y al escribirlos decían: «¡Los exterminaremos!» La costumbre que

habían adquirido durante el sistema del terror les había hecho familiares las palabras matar y guillotinar, que tenían siempre en boca, dando así margen á que se dijese que hacían nuevas listas de destierros, y que querían volver al sistema de Robespierre.

Las peleas de las secciones eran muy frecuentes, y á veces quedaba indecisa la victoria, llegando á las diez sin haber podido leer nada. Entonces los revolucionarios, que no tenían escrúpulo de pasar la hora legal, aguardaban á que sus contrarios, que afectaban obedecer la ley, se marchasen, leían lo que les acomodaba y tomaban las medidas que creían oportunas. Cada día se daba cuenta á la Convención de escenas de esta clase, pronunciándose contra los antiguos individuos de las juntas revolucionarias, que decían eran los autores de estos disturbios. El club electoral, más alborotador por sí sólo que todas las secciones, apuró la paciencia de la junta con una exposición de las más revoltosas. Allí se reunían siempre, como hemos dicho, los hombres más comprometidos, y allí se proyectaban los más atrevidos planes. Se presentó una diputación de este club á pedir que se concediese al pueblo la elección de los magistrados municipales; que se constituyese de nuevo el Ayuntamiento de París, suspenso desde el 9 termidor, y finalmente, que en lugar de una sesión por década, se permitiese á la sección tener dos. Al oír esta última petición, se levantaron una porción de diputados prorrumpiendo en vivas quejas y pidiendo corrección contra los individuos de las antiguas juntas revolucionarias, á quienes se atribuían todos los desórdenes. Legendre, aunque desaprobó la primera acusación de Lecointre contra Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere, dijo que era preciso tomarlo de más arriba; que el origen del mal se hallaba en los individuos de las antiguas comisiones de gobierno, que abusaban de la indulgencia de la Asamblea respecto á ellos, y que ya era tiempo de castigar su antigua tiranía para impedir otra nueva. Esta discusión produjo otro alboroto más grande que el primero, y después de pesadas y deplorables inculpaciones, la Asamblea, que no veía aún más que cuestiones insolubles ó peligrosas, pronunció por segunda vez la orden del día. Propusieronse unos tras otros varios medios para enfrenar los desvaríos de las sociedades populares y el abuso del derecho de petición, y se ideó añadir al dictamen de Lindet una exposición dirigida al pueblo francés que manifestase de un modo más claro y terminante todavía los sentimientos de la Asamblea y la nueva marcha que se proponía seguir. Adoptóse ese pensamiento; mas el diputado Richard, que volvió del ejército, sostuvo que no era bastante; que era necesario gobernar con más energía; que las exposiciones nada significaban, porque los que hacían las peticiones no dejarían de contestar á ellas, y que no debía sufrirse que se pronunciasen en la barra expresiones que si se oyesen en las calles bastarían para prender á los que las profiriesen.

«Tiempo es ya, añadió Bourdon de l'Oise, de dirigirnos á las verdades. ¿Sabéis por qué vencen constantemente nuestros ejércitos? Pues es porque observan una severa disciplina. Estableced en el Estado una buena policía y tendréis un buen gobierno. ¿Sabéis de dónde provienen los eternos combates que experimentáis? Del abuso que hacen vuestros enemigos de lo democrático

que tienen vuestras instituciones. Se complacen en esparcir la voz de que jamás tendréis un gobierno, de que eternamente os veréis entregados á la anarquía. ¿Es posible que no sepa gobernarse una nación constantemente vencedora! ¡Y no ha de remediar esto la Convención cuando sabe que es lo que únicamente impide que la revolución se acabe! No, no; desengañemos á nuestros enemigos, que quieren destruirnos abusando de las sociedades populares y del derecho de petición, abuso que es necesario corregir.»

Propusieronse diversos medios para reprimir el abuso de las sociedades populares sin destruirlas. Pelet, para quitar á los jacobinos el apoyo de muchos diputados montañeses, que se hallaban en la sociedad, y sobre todo para separar á Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y otros corifeos terribles, propuso que se prohibiese á todos los individuos de la Convención pertenecer á ninguna sociedad popular. Se adoptó esta proposición, pero suscitaron los de la Montaña varias reclamaciones, diciendo que el derecho de reunirse para ilustrar los intereses públicos pertenecía á todos los ciudadanos, no pudiendo despojar de él á ningún diputado, puesto que tampoco podía quitársele á ningún individuo del Estado, y que por consiguiente el decreto adoptado era una violación del derecho absoluto, y que no podía acatarse. Anulóse el decreto, y entonces hizo otra proposición Dubois-Crancé. Refiriendo el modo con que se había expurgado los jacobinos, probó que esta sociedad conservaba aún en su seno á los mismos individuos que la habían extraviado en vida de Robespierre; sostuvo que la Convención tenía derecho para purificarla de nuevo, como lo hacía ella por medio de sus comisionados respecto á las sociedades de los departamentos, y propuso se sometiese la cuestión á los comités competentes, para que imaginaran el modo de practicar la depuración y los medios de hacer útiles las sociedades populares. Esta proposición fué aprobada también.

Este decreto produjo grandes rumores entre los jacobinos, quienes dijeron que Dubois-Crancé había engañado á la Convención; la depuración, ordenada después del 9 termidor, se había practicado rigurosamente; que no se tenía derecho para comenzarla de nuevo; que todos eran igualmente dignos de figurar en aquella ilustre sociedad que tantos servicios había prestado á la patria; que por lo demás no tenían el más severo examen, y que estaban dispuestos á someterse á las investigaciones de la Convención. En su consecuencia, decidieron que se imprimiese la lista de todos los miembros y fuera á presentarla á la barra una diputación. Al día siguiente, 13 vendimiario (4 de octubre), mostráronse menos dóciles, diciendo que su acuerdo de la víspera era inconsiderado; que entregar la lista de los individuos de la sociedad á la Asamblea, equivalía á reconocer en ella el derecho de proceder á la depuración, que no pertenecía á nadie; que teniendo todos los ciudadanos la facultad de reunirse, sin armas, para conferenciar sobre las cuestiones de interés público, á ninguno se le podía declarar indigno de formar parte de una sociedad; que la depuración era de consiguiente contraria á todos los derechos, y que no se debía presentar la lista. «Las sociedades populares, gritó el llamado Giot, jacobino furioso y uno de los empleados en la administración de los ejércitos, no pertenecen sino á sí mismas; si de otro

modo fuera, la infame corte habría expulsado á los jacobinos, y hubierais visto estos bancos, que sólo deben ser ocupados por la virtud, manchados con la presencia de los Jaucourt y de los fuldenses. Pues bien: la misma corte, que no respetaba nada, no se atrevió á atacarnos, y lo que la corte no osó hacer, ¿se emprendería en el momento en que los jacobinos han jurado aniquilar á todos los tiranos, quienesquiera que sean, y conservarse siempre sumisos á la Convención? Yo llego de los departamentos, y puedo aseguraros que la existencia de las sociedades populares se halla sumamente comprometida. Se me ha tratado de bribón al ver en mi nombramiento el título de jacobino; me han dicho que pertenecía á una sociedad compuesta únicamente de bandidos; se fragan sordos manejos para alejar de vosotros á las demás sociedades de la república, y he tenido la suerte de contener la escisión, estrechando los lazos de fraternidad entre vosotros y la sociedad de Bayona, que Robespierre calumnió en este sitio. Lo que acabo de decir de un distrito es aplicable á todos. Sed prudentes; conservaos siempre fieles á los principios y á la Convención, y sobre todo no reconozcáis en ninguna autoridad el derecho de depuraros.» Los jacobinos aplaudieron este discurso, resolviendo no llevar su lista á la Convención, y esperar sus decretos.

El club electoral era todavía mucho más tumultuoso. Desde que hizo su última petición, habíasele expulsado del palacio episcopal, y fué á refugiarse en un salón del Museo, muy cerca de la Convención. Allí, durante una sesión nocturna, en medio de los furiosos gritos de los concurrentes y del pataleo de las mujeres que llenaban las tribunas, declaró que se había extinguido ya el plazo en que la Convención podía ejercer sus poderes; que había sido formada para juzgar al último rey y hacer una Constitución; que había efectuado ambas cosas, y que cumplida su misión, caducaba su autoridad.

Estas escenas de los jacobinos y del club electoral fueron denunciadas de nuevo á la Convención, quien le sometió todo á los comités encargados de presentar un proyecto relativo á los abusos de las sociedades populares. Había votado un manifiesto al pueblo francés, tal como se lo propuso, enviándole á las naciones y á todos los ayuntamientos de la república; pero este manifiesto, escrito con un estilo enérgico y juicioso, y que reproducía más positiva y exactamente los sentimientos expresados en el informe de Lindet, fué asunto de nuevas luchas en las secciones. Los revolucionarios querían impedir que se leyese, oponiéndose á que se contestara con exposiciones de adhesión, y hacían que se dirigiesen por el contrario á los jacobinos, para expresarles el interés que inspiraba su causa. Sucedió á menudo que después de haber resuelto de esta manera un acuerdo, recibían refuerzos sus adversarios, que los expulsaban; y renovada así la sección, adoptaba una medida contraria. También se vieron algunos que hacían dos peticiones contradictorias, una en los jacobinos y la otra en la Convención: en la primera, elogiábanse los servicios de las sociedades populares, haciendo votos por su conservación; en la otra, decíase que la sección, libre del yugo de los anarquistas y terroristas, iba por fin á expresar su libre voto á la Convención, á ofrecerle sus brazos y su vida, para combatir á la vez á los continuadores de Robespierre y á los del realismo. La Convención presen-

ciaba estos debates, esperando el proyecto sobre la policía de las sociedades populares.

Por fin fué presentado el 25 vendimiario (16 octubre.) Tenía por objeto principal romper la coalición que formaban en Francia todas las sociedades de los jacobinos. Afiliadas á la sociedad madre, correspondiéndose regularmente con ella, y obediendo sus órdenes, constituían un vasto partido, hábilmente organizado, con un centro y una dirección; y esto era lo que se quería suprimir. El decreto prohibía *todas las afiliaciones y confederaciones, así como toda correspondencia en nombre colectivo entre sociedades populares*, previniendo además que no podría hacerse ninguna petición ó exposición en nombre colectivo, á fin de evitar los manifiestos imperiosos que los enviados de los jacobinos ó del club electoral iban á leer en la barra, y que llegaron á ser á menudo órdenes para la Asamblea. Toda petición ó exposición debía ir firmada individualmente, pues de este modo se aseguraba el medio de perseguir á los autores de las que fueran peligrosas, y esperábase contenerlos por el cumplimiento de este requisito. Además de esto, debía formarse inmediatamente el cuadro con los nombres de los individuos de cada sociedad, fijándole en el sitio de las reuniones. Apenas leído en la Asamblea este decreto, eleváronse muchas voces para combatirlo: «Se quiere, decían los montañeses, aniquilar las sociedades populares; olvidase que ellas salvaron la revolución y la libertad; olvidase que son el medio más poderoso para reunirse los ciudadanos, y conservar en ellas la energía y el patriotismo: al prohibir su correspondencia, se atenta contra el derecho esencial perteneciente á todos los ciudadanos, cual es el de corresponderse entre sí, derecho tan sagrado como el de reunirse pacíficamente para conferenciar sobre las cuestiones de interés público.» Los diputados Lejeune, Duhem y Crassous, todos jacobinos y vivamente interesados en combatir el decreto, no eran los únicos en expresarse así.

El diputado Thibaudeau, republicano sincero, extrañó á los montañeses y á los termidorianos, parecía temer las consecuencias de aquel decreto; y así, pedía que se aplazase, creyendo que perjudicaría á la misma existencia de las sociedades populares. «No se trata de aniquilarlas, contestaban los termidorianos, autores del decreto; lo que se quiere es someterlas á un reglamento necesario.» En medio de aquel conflicto, Merlin de Thionville exclama: «Presidente, llama á los preopinantes al orden, pues pretenden que tratamos de aniquilar las sociedades populares, mientras que sólo se quiere regularizar sus actuales relaciones.»

Rewbell, Bentabolle y Thuriot demuestran que no es de ningún modo cuestión de suprimirlas: «¿Se las impide acaso, dicen, reunirse pacíficamente y sin armas para conferenciar sobre los intereses públicos? Sin duda que no; este derecho se conserva intacto; pero se las prohíbe afiliarse y confederarse, y no se hace con ellas más de lo que ya se hizo con las autoridades departamentales. Por el decreto del 14 frimario, que instituye el gobierno revolucionario, aquéllas no pueden corresponderse ni concertarse entre sí. ¿Sería posible permitir á las sociedades populares lo que se ha prohibido á las autoridades departamentales? Impídeselas corresponderse en nombre colectivo, y en esto no se viola